

IMÁGENES E HISTORIAS

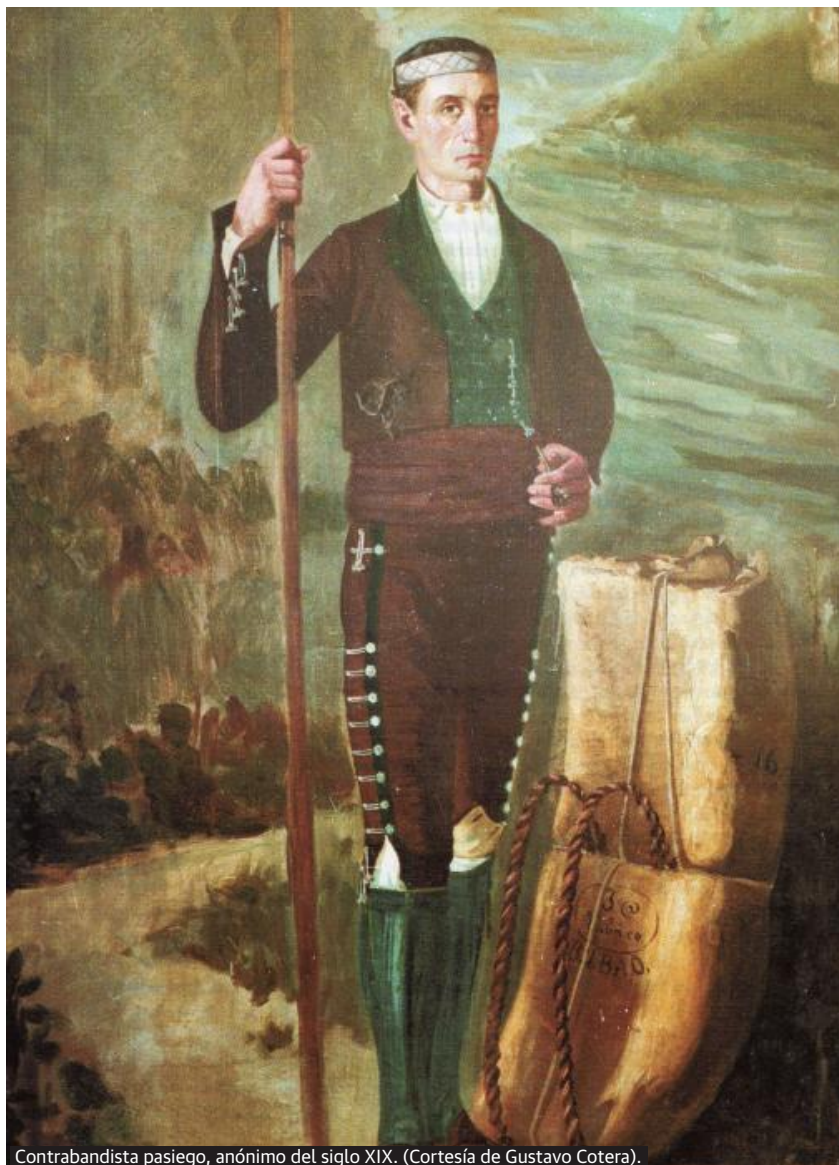
TEXTO: JOSÉ JAVIER GÓMEZ ARROYO

Las sombras de la noche

En el siglo XIX los sigilosos y hercúleos contrabandistas pasiegos abastecieron a la cornisa cantábrica de numerosos géneros prohibidos en España

A comienzos del siglo XIX y durante el reinado de Fernando VII se paralizó el comercio que manteníamos con el continente americano y con ello la mitad de las exportaciones extranjeras, lo que nos llevó a la difícil tesitura en la que ni podíamos comprar productos extranjeros ni vender los nuestros en el exterior al carecer de una producción industrial competitiva. Por otro lado, la lamentable situación económica en que se encontraba España tras la Guerra de la Independencia (1808-1814) o la diferencia de aranceles entre nuestros puertos cántabros y los vizcaínos, contando estos últimos con un cincuenta por ciento de beneficio en la importación, hicieron que los mercados internacionales pusiesen los ojos en nuestra ciudadanía para colocar sus productos. El gobierno, volcado en reconstruir la producción para fomentar la riqueza de la nación, instauró barreras proteccionistas para evitar la entrada de estos géneros foráneos, lo que envió a más de uno por la senda del comercio ilegal para traer las mercancías prohibidas, además de poner en jaque a las autoridades encargadas de vigilar ese tráfico ilícito.

Si algo diferenció a los contrabandistas pasiegos de otros con el mismo oficio fue la astucia y manera de actuar, andando entre senderos y ríos, entre montañas y acantilados por donde ni las cabras más insensatas eran capaces de transitar. El valor y gallardía de estos hombres, unido a su sagacidad y necesidad, legó romántica memoria en la literatura costumbrista de España, en la música, la pintura y en todas las artes imaginables. El modo de caminar con el grueso palo pasiego, de avellano flexible y de más de dos metros de altura, equilibrando el cuerpo en las cornisas de las rocas o saltando los torrentes a modo de pértiga con pericia y vigor, admiraría hoy a cualquier saltador olímpico; y como ejemplo sirva saber que entre Riocorvo y Las Caldas del Besaya hay un escabroso paso denominado 'el salto del pasiego' donde un contrabandista de la villa de San Roque de Riómiera, acorralado por la Guardia Civil, efectuó un asombroso brinco entre roca y roca que aún hoy en día nadie se explica como pudo hacerlo, insólita hazaña y justificado nombre del lugar recogido por el escri-



Contrabandista pasiego, anónimo del siglo XIX. (Cortesía de Gustavo Cotera).

tor Amós de Escalante en su relato 'El veredero': «... porque hay fama de cierto pasiego que antes de haber puente salvó de un tranco gigantesco y vertiginoso paso, sin más impulso que el de sus acorados jarretes, ni otro apoyo que el de su descomunal palanco». (La Ilustración Española y Americana 24-5-1873).

Los contrabandistas manchegos, aragoneses, riojanos y pasiegos, principalmente, acudían a Bayona (Francia) a buscar las mer-

cancías de tabaco, rapé, panas, sedas, muselinas, licores de aguardiente, azufre, chocolate o bacalao. Desde allí cada cual tomaba los caminos hacia su tierra, siendo los de los pasiegos los más angostos y peligrosos al atravesar siempre por las noches y cual súbitas sombras el Señorío de Vizcaya hacia el Molinar de Carranza, para terminar bajando por el mazo de Castro Valnera o por los temerarios precipicios del puerto de Estacas de Trueba hasta Vega de

Pas y ocultar el ilícito matute en la aún conocida como 'casa de los contrabandistas' para su posterior distribución por toda la cornisa cantábrica. El negocio del tabaco era un monopolio de la monarquía desde el siglo XVI y excesivamente caro en esta época, lo que lo convirtió en objeto de comercio ilegal, pero también de vigilancia estrecha por parte de la Hacienda, pues suponía unos elevados ingresos para la Corona. Se creó un cuerpo especial para controlar esta pi-

ratería que se denominó Resguardo del Tabaco, cuando las autoridades se dan cuenta del auge de su consumo y deciden sacar provecho en forma de recurso financiero y vigilando su control, aunque parece que a los pasiegos poco les importó: «El palo fijando con brío en el suelo, abismos saltando con rápido vuelo, salvando horizontes, cruzando baldíos, por valles y montes y selvas y ríos el pasiego es un pájaro audaz, y el Resguardo no tiene las alas que las aves del valle de Pas». (Fragmento de la zarzuela 'El salto del pasiego', del libretista Luis de Eguilaz).

El viaje de ida y vuelta a Bayona desde las tres villas pasiegas, en partidas diarias de entre treinta y cuarenta individuos, solía durar unos quince días y nunca dormían en casas o albergues, sino a la intemperie o escondidos en cuevas, humilladeros y hasta en oseras de cementerios, quizá por sentirse protegidos por la mano de virgenes, santos y espíritus a los que veneraban con religioso culto. Para evitar dejar las huellas de sus pies en los barrizales o el rastro de sus ropas en la maleza para los perros de los carabineros, se encaramaban con las manos al palanco y, dándose impulsos con su propio cuerpo suspendido en el aire, eran capaces de caminar varios metros por atajos y ríos con pequeños saltos y sin tocar el suelo, esto además con las alforjas de cuero o arpilleras sujetas a la espalda y cargando alrededor de cuarenta kilos de alijo. Hoy en día se conoce esta modalidad como 'andar al palo' y forma parte de los juegos tradicionales de los pasiegos, provocando el asombro de quien por primera vez lo ve, ya que con su depurada e inaudita técnica consiguen que se mezcle la destreza y la fuerza con la magia de la levitación.

Al concluir la guerra carlista de 1875 se suprimieron los fueros en el norte de España, empezaron a desarrollarse las industrias textiles, se mejoró el transporte y aumentó la vigilancia del contrabando del tabaco, lo que motivó la desaparición de esta actividad entre los pasiegos aunque no su romántico recuerdo ni el beneficio que lograron al vestir con sedas y panas a los españoles empobrecidos por el desastre de las guerras, sin olvidar tampoco que gracias a estos indomables porteadores también pudieron disfrutar del pequeño vicio de humear, aunque esta debilidad nada sana fuera, como dijo el escritor José María de Pereda, la de fumar «de lo pasiego».